



M E propongo hablar hoy de un libro cuya lectura me resultó tan apasionante que a la primera hojeada, y tras ver de lo que trataba, me apresuré a recomendar su publicación en castellano.

El libro es particularmente interesante para el aficionado a la filosofía, claro está; pero a toda persona culta le ha de gustar, en primer término, porque sin «literatura», con gran sobriedad, evoca muy bien un mundo político-cultural, el del final de la era de los Habsburgo, tan fosilizado en sus estructuras, que sólo por inercia se mantenían, como inquieto, vivaz y enormemente «buscador» en los más diversos planos de la creación, planos todos ellos sumamente próximos. Los pensadores influían directamente sobre los artistas, dotados todos de gran conciencia en cuanto a lo que se proponían hacer; la obra de renovación llevada a cabo por los grandes músicos fue paralela a la de los grandes arquitectos, a la de los grandes novelistas y escritores en general, a la de los grandes médicos, a la de los grandes filósofos. Piénsese en la nómina, incompleta, de grandes nombres «vieneses» (en el amplio sentido de la expresión, que no hago sinónima de austro-húngaro, y menos extendiéndola a ciertos checos; por eso no incluyo en ella a Kafka), estaba compuesta por Hofmannsthal y Rilke, Richard Strauss y Max Reinhardt, Anton Bruckner y Gustav Mahler, Bruno Walter y Schönberg, Otto Wagner y Adolf Loos, Oscar Kokoschka y Robert Musil, Meynert, Breuer, Freud, Adler, Ernst Mach, los miembros del Círculo de Viena, el propio Wittgenstein, el jurista Hans Kelsen. E incluso para presentar el otro lado de la medalla recordatoria, conmemorativa de la época, Adolf Hitler y Seyss Inquart. «Kakania», pues, sin duda, como jugando con las iniciales alemanas de los títulos «imperial» y «real» de los Habsburgo, denominado al Imperio Musil, pero una podredumbre de la cual —contra la cual— brotó una fabulosa floración. Y lo que muchos ignorábamos y este libro subraya muy oportunamente, es que la serre de este gran parque fue la mansión señorial de la gran familia Wittgenstein, cuya centralidad, a la vez financiera y cultural, y como punto de reunión de gran parte de los hombres citados, es un dato esencial para comprender la Viena de la época y a Ludwig Wittgenstein mismo, dotado, como casi todos los miembros de la numerosa familia, de los más varios talentos... y de frecuente sino trágico. Tres de sus hermanos se suicidaron, él mismo pensó en poner fin a su vida, y el libro contiene un capitulillo sobre el suicidio en Viena. Recordemos que entre los grandes suicidas figuraron Bolzmann, fundador de

la termodinámica e influyente maestro de Wittgenstein, el un día famoso Otto Weininger, el gran poeta Georg Trakl.

El libro posee, pues, este enorme interés general de presentarnos la Viena de la época en su haz y en su envés, en la articulación e interdependencia de todo ello, en la estrecha relación, nada de «especialistas» entre estos grandes contemporáneos de Wittgenstein. Pero, naturalmente, no se trata de un ensayo de historia cultural del final de una era. Por mucho que al lector pueda interesarle, sustantivamente esta parte del libro, en su economía total, su función es la de servir de fondo y marco a la figura filosófico-humana de Ludwig Wittgenstein, que sólo de ese fondo, y dentro de ese contexto —tal es la tesis del libro—, puede ser cabalmente entendido. Se trata, pues, de la «devolución» a Viena de una gran figura suya, de un hombre y un filósofo que le pertenecería y que, un tanto abusivamente, habría sido anexionado a Cambridge y transferido en seguida a Oxford. Lo curioso, y lo que hasta cierto punto constituye una garantía que la objetividad de la interpretación, es que uno de los autores del libro sea un inglés, que llegó a ser discípulo directo de Wittgenstein en Cambridge, Stephen Toulmin, desde hace poco profesor de la Universidad de California, en su «campus» de Santa Cruz. (Y conocido del lector español, cuando menos por su libro *El lugar de la razón de la ética*, que yo hice que publicase la revista de occidente y prologué.)

Citamos antes una serie de nombres importantes de la antigua Viena, pero dejamos de mencionar los dos que, según los autores de la presente obra, habrían sido los decisivos en la permanente incardinación vienesa de Ludwig Wittgenstein, nombres, me parece, muy poco conocidos fuera de aquel ámbito cultural: Karl Kraus y Fritz Mauthner. De Kraus procedería la raíz ética de Wittgenstein. Kraus fue un campeón de la moral de la integridad y su lucha, de estilo kierkegaardiano contra la hipocresía de su época, contra el sentido comercial del matrimonio burgués, su oposición al psicoanálisis («El psicoanálisis es esa enfermedad espiritual que él mismo pretende curar»); sus controvertibles ideas, de origen schopenhaueriano, sobre la femineidad, su lucha contra el esteticismo de la *Jung Wien* (movimiento paralelo al *Jugendstil*) berlinés, al *art nouveau*, y cuya culminación aconteció con Gustav Klimt, cuyo arte se parecía al de Beardsley, hace unos pocos años tan de moda; contra el «teatro de espectáculo» montado en Salzburgo por Max Reinhardt, con la estrecha colaboración de Richard Strauss y de Hofmannsthal y, en fin, naturalmente, contra Franz

Lehar; todo ello le hizo ocupar una posición cultural en la Viena de su momento, tal central como discutida. Pero la verdad es que lo mismo Schönberg que Wittgenstein se proclamaron orgullosamente discípulos suyos.

Fritz Mauthner fue el autor, nada menos que en 1901, de la primera *Crítica del lenguaje*, y hay un lugar muy importante del *Tractatus* (4.0031) en el que su nombre aparece: «Toda filosofía es crítica del lenguaje, aunque desde luego no en el sentido de Mauthner». Y, sin embargo, además de este precedente absolutamente decisivo, se encuentran ya en Mauthner temas, así el del lenguaje como actividad, juego y ambigüedad, que sólo con posterioridad al *Tractatus* serían plenamente desarrollados por Wittgenstein. Lo que sin duda le faltó fue rigor lógico.

personalmente a Toulmin, según el cual los dos hechos más importantes que es menester recordar sobre él son, en primer lugar, que era vienés, y en seguida, que fue ingeniero con un conocimiento muy completo de la física. Hay el testimonio del propio comportamiento de Wittgenstein en relación con el positivista Círculo de Viena, su difícil entendimiento con los hombres que lo componían, tratando de comunicar con ellos, lo que, sin duda, no fue una simple *boutade*, a través de la lectura de Tagore. Hay la puntualización del íntimo amigo de Wittgenstein, Paul Engelmann, que resume así:

«Una generación entera ha podido considerar a Wittgenstein como un positivista, porque tenía en común con los positivistas algo de enorme importancia: él trazó la línea que separa aquello

rían otros nuevos. Que es lo que, efectivamente, ocurrió, según los autores de este libro. El «segundo Wittgenstein» —que no sería tal, pues no habría habido en su pensamiento solución de continuidad— pronto fue asimilado y distorsionado por el grupo de Oxford, con el que el Wittgenstein real habría tenido tan poco que ver como con los positivistas y el Círculo de Cambridge. Ni el lenguaje ni la reflexión sobre él podían ser, en cuanto tales, lo que importaba a Wittgenstein, ni Wittgenstein tuvo nunca la menor simpatía por la «filosofía profesional», ideal de los filósofos lingüistas de Oxford. Hasta las ideas consideradas como más genuinas del Wittgenstein que interesa en Oxford pueden rastrearse ya en el mundo vienés: así, Loos, hablando de la funcionalidad de la arquitectura, llega a escribir que el significado, el sentido es el uso. En suma, que de la misma manera que Loos fue más complejo que la *Bauhaus* y que Schönberg —a diferencia de Joseph Matthias Hauer—, no redujo la música a sistema dodecafonico ni, en otro sentido, a la *Gebrauchsmusik* de Paul Hindemith, también Wittgenstein fue mucho más profundamente humano y moral (hasta se interesó en Heidegger) que los lexicógrafos filosóficos que se apoderaron de él.

El libro que he comentado era en sus primeros capítulos, como vimos, cultural, porque había de proveernos del marco adecuado para entender rectamente la filosofía de Wittgenstein. Al final vuelve a serlo, porque se han desarrollado, en el mundo ulterior, nuevas «Kakanias», así la tan putrefacta de los Estados Unidos y sus Watergates, la del superburocratizado y tecnocratizado imperio comunista ruso, para no hablar de otros pequeños *Shintlands*. Sí, también nos da este libro una muy actual lección político-moral, y no es ese, ciertamente, el menor de sus méritos.

Allan Janik y Stephen Toulmin, «Wittgenstein's Vienna». Simon and Schuster. Nueva York, 1973.

Sobre Boltzmann, el lector de TRIUNFO puede informarse, sin salir de la revista, leyendo en el número 537, del 13 de enero de este año, el excelente artículo de Manuel G. Velarde, «Evolución e irreversibilidad», dedicado a él.

JOSE LUIS L. ARANGUREN

WITTGENSTEIN Y LA VIENA IMPERIAL

Y este rigor lógico y metodológico es el que Wittgenstein fue a buscar a Cambridge, en Bertrand Russell (a través de Frege) y en sus *Principia Mathematica*. Nada menos, pero también nada más. Su problema lo llevaba consigo desde Viena. Y según Janik y Toulmin, también lo esencial de su respuesta. La reconsideración del *Tractatus* —capítulo central del libro— se hace a la luz de la formación física, procedente de Hertz y de Boltzmann, y del talante ético de Wittgenstein, muy influido por Kierkegaard, Tolstói. La lectura del *Tractatus* ha padecido de toda suerte de malentendidos, y algunos de ellos procederían de la mala traducción de Bild por picture, frente a la cual los autores proponen la palabra, posteriormente acuñada en sentido científico de «modelo», pero cuyo concepto se encontraría ya en la «estructura matemática» de Heinrich Hertz (temprano, genial y malogrado contradictor de Ernst Mach) y en la Termodinámica estadística de Ludwig Boltzmann (a quien quizá también debería Wittgenstein su idea del «espacio lógico»).

Esta reinterpretación no carece, por supuesto, de fundamentos factuales. Por de pronto, hay el testimonio del gran amigo y albacea literario de Wittgenstein, profesor G. H. von Wright, dado

de lo que se puede hablar, de aquello otro sobre lo que debemos permanecer silenciosos. La diferencia está sólo en que aquellos no tenían nada sobre lo que permanecer silenciosos. El positivismo mantiene —y en esto consiste su esencia— que podemos hablar sobre todas las cosas de la vida. En tanto Wittgenstein creía, precisamente, según su modo de ver, aquello sobre lo que tenemos que permanecer silenciosos.

Y hay, finalmente, su correspondencia con Ludwig Ficker, precisamente sobre el *Tractatus* y la pertinencia de su inclusión entre las obras editadas por éste, las que constituían objeto de su interés. Wittgenstein, para sacarle de su perplejidad, le dice, entre otras cosas semejantes, esto:

«El tema del libro es un tema ético. Mi obra consta de dos partes: la presentada aquí más la que no he escrito. Y esa segunda parte es precisamente la importante. Le recomiendo que lea el prefacio y la conclusión, pues en ellos se contiene la expresión más directa del tema del libro».

Naturalmente, si Wittgenstein estaba absolutamente convencido de que lo verdaderamente importante no puede decirse, se comprende muy bien que no se molestase en deshacer malentendidos, que inmediatamente suscita-